

en el seno de las familias para sacar á relucir ante el público con escándalo y vergüenza debilidades, torpezas y pecados, ya imaginarios, ya reales, parecen suficiente motivo para que sea odiosa la prensa periódica. Pero de nada de esto tiene la prensa la culpa; la culpa es de la sociedad que aprueba ó aplaude tales desafueros y que excita y solevanta al periodista para que los cometa. Solo tal vez el calumniado ó el injuriado y sus más íntimos y leales amigos hallan mal la diatriba ó la serie de improperios que contra alguien se dirige. El público los celebra con risa, si aparecen en forma de chistes, ó los mira como censura movilizadora y elocuente, si aparecen en estilo elevado y serio. Si el público no provocase al escritor para cometer tales faltas y si reprobase su conducta cuando las comete, en vez de aplaudirla, la prensa periódica sería más moderada y circunspecta. De todos modos, no creo yo que convenga celebrar al periodista como algo á modo de Catón Censorino, que vela en pró de la virtud y de las buenas costumbres y que delata y fustiga los vicios, ni que convenga tampoco abominar de él como de maldiciente difamador que arroja cieno é inmundicia hasta sobre los rostros más limpios y venerables. Antes de que hubiera periódicos, ora estas delaciones y censuras se miren como útiles, ora se miren como escandalosas y perjudiciales, bien podemos

afirmar que se ejercía con no menos eficacia y vehemencia que en nuestros tiempos. No han sido menester periódicos para que queden en la memoria de los hombres, ya sean verdades severas, ya sean mentiras calumniosas, los robos, las tiranías, las dilapidaciones, las torpezas lascivas, el asesinato por medio del puñal ó del veneno, la doblez y el engaño infame, la refinada y espantosa crueldad, y otros crímenes que pudieran cometerse con el mayor sigilo, y que con verdad exacta ó con exageración fueron delatados, ó bien con falsedad fueron atribuidos á príncipes, á reinas, á grandes señores y hasta á emperadores y pontífices.

El concepto exagerado ó falso que suele formarse de lo que debiera ser la prensa periódica, motiva multitud de acusaciones, cuando la realidad no responde, como humanamente es natural que no responda, al concepto previo que se ha formado. De aquí que cuando no exigimos de la prensa periódica sino lo que razonablemente puede exigirse, el fundamento de las acusaciones desaparece. Pongamos algunos casos. Los que se figuran que el periódico ha venido á reemplazar el libro, apoyados en esta base, claman contra el periódico de mil maneras, todas, en mi sentir, injustas. No es cierto, como afirman, que el periódico satisface la curiosidad y el deseo de saber de no pocas personas y consume todo el tiempo que dedican á la lectura,

resultando de aquí que quite al libro lectores y compradores. Lo contrario es lo que sucede. El que no lee más que periódicos, si no hubiera periódicos, no leería nada. Y tal vez no pocos sujetos, al leer los periódicos se sienten estimulados y desearios de conocer mejor los asuntos que ligeramente se tocan en ellos. En la mente de estos lectores se despierta ó se aviva el apetito de leer, y por haber leído periódicos, acaban por buscar libros y por leerlos. Para estas personas, los periódicos vienen á ser, y permítaseme la comparación gastronómica, algo semejante á lo que llaman *sakuska* en los banquetes rusos. En antesala ó sala que precede al comedor, hay en una mesa multitud de entremeses picantes, como anchoas, caviar, salchichón y encurtidos, y hay además varios excelentes licores, entre los que descuella el famoso *kümmel de Riga*. Los convidados, permaneciendo de pie, comen de aquellos manjares y beben una, dos y hasta tres copas, con lo cual, en vez de satisfacer ó matar el apetito, le espolean y le aguzan. Así apercebidos y predispuestos, entran en el comedor, se sientan á la mesa, y ya con las fuerzas digestivas en plena actividad, y con la calma y el reposo convenientes, toman la sopa y los exquisitos, sólidos y succulentos manjares que allí les sirven. Pues bien, *mutatis mutandis*, el que tiene salud y bríos mentales, lee excelentes libros y digiere bien su contenido, ya que

los periódicos han sido para su espíritu algo á modo de *sakuska*.

Acusación no menos infundada que la anterior es la de quien lamenta la enorme cantidad de ideas erróneas que los lectores adquieren sobre muchos puntos, en los periódicos superficial ó ligeramente tratados. Se parecen estas acusaciones á las de aquellos que condenan, por ejemplo, las novelas de Dumas porque infunden en muchos cerebros una historia de Francia, un tanto cuanto fantástica y tal vez algo disparatada, ó condenan las novelas de Julio Verne, porque los incautos aprenden en ellas atrevida geología y poco exacta cosmografía. Pero ni Dumas ni Verne tienen la menor culpa de esto. La culpa es sólo de quien se empeña en aprender en las novelas cosmografía, geología é historia. Y aun así, me atrevo yo á sostener que hasta quien no sabe más historia, ni más cosmografía, ni más geología que las que enseñan los libros de entretenimiento, en vez de perder, sale ganando, y se pule y se ilustra. ¿Qué daño, ni qué mal recibe ó causa el que averigua, pongo por caso, un poco de las cosas ocurridas en Babilonia, al oír las óperas de *Semíramis* y de *Nabuco*, ó de las de Egipto al oír *Aida*, ó de las guerras civiles de Francia al oír los *Hugonotes*? ¿Quién sabe? Quizás la audición de las mencionadas óperas le inspire el deseo de leer á Lenormant, á Ebers, á

Duncker, á Rowlison, á Mápero, á Layard, á Vari-
llas y á Enrico Caterino Davila.

No falta quien imagine y crea que esto de es-
cribir con estilo conciso y ligero es invención no-
vísima, y que los antiguos, como gozaban de más
vagar y reposo y no tenían en su vivir la agitación
de la época presente, pecaban de difusos y hasta
de pesados. Yo, sin embargo, no veo á las claras
cuándo empezó á caer en desuso el escribir largo
y tendido y á ponerse de moda la decantada lige-
reza de hoy, ligereza de que se nos presenta como
cumplido dechado el estilo francés. Confieso que
sobre todos estos puntos estoy muy dudoso, pero
propendo á afirmar que en el día de hoy nos ex-
tendemos más al escribir que en cualquiera de las
edades pasadas. Aun suponiendo que hoy es la vida
más activa que antes ó que se vive sin reposo y de
priesa, lejos de probar esto que los escritos son
más breves, esto probaría, en mi sentir, que los es-
critos no pueden menos de ser más largos, porque
quien escribe á escape, á no ser en raro momento
de inspiración feliz, peca siempre de verboso, ya
que para encerrar con claridad y orden muchos
conceptos en pocas frases se requieren mayor tiem-
po y trabajo que para escribir difusamente. No lo
recuerdo bien, pero creo que es de Talleyrand de
quien se cuenta que compuso un despacho muy
largo, y como alguien le advirtiese y le censurase

de que lo era, Talleyrand dió por excusa que no
había tenido tiempo para componerle más corto.

Se dirá que en el día es menester profundizarlo
todo, que nada se quede por decir y que todo se
sepa. No discuto sólo la causa. Sólo sostengo que
el efecto es la extensión ó difusión grandísima de
los escritos modernos en comparación de los anti-
guos. La historia de seis duques de Borgoña, es-
crita por Barante, tiene más lectura acaso que el
conjunto de cuantos historiadores griegos y latinos
se conservan aún, por quienes sabemos casi todo
lo que se sabe de Grecia, de Roma, de Egipto, de Fe-
nicia y de los demás imperios y naciones de Eu-
ropa y del centro y occidente del Asia, durante dos
mil ó tres mil años. Mayor extensión proporcional-
mente tiene la historia de Inglaterra, de Macaulay.
Si prescindimos de la introducción, dicha historia
es sólo de diez ó doce años, por donde es lícito
conjeturar que, si al historiador no le hubiera sor-
prendido la muerte, su historia hubiera sido tan
extensa que, para leerla sin saltar páginas, hubiera
sido menester que un hombre se consagrara á di-
cha lectura no pocos años de su vida. Y si las his-
torias verdaderas son hoy tan difusas, no se que-
dan muy á la zaga las historias fingidas. Indiscuti-
ble es el mérito de Walter Scott; pero, ¿quién se
atreverá á afirmar que Walter Scott brilla por lo
breve y rápido de sus narraciones? ¿Pues qué di-

remos de Zola, de quien hoy el público europeo anda tan prendado? Cualquiera de sus más célebres novelas tiene tanta lectura como las ciento del Decameron de Bocaccio.

La verdad es que no es tan nuevo, ni tan propio de los periódicos, ni tan laudable por su brevedad lo que en los periódicos se escribe. Sea ó no sea un escrito para los periódicos, siempre es difícil, cuando no imposible, expresar muchas ideas en breves frases, á no escribir en aquel idioma sintético en que habló el fingido Príncipe turco al señor Jourdain de Molière, diciéndole: *Belmen*, que, según la traducción, significa: "Vaya usted de prisa á prepararse para la ceremonia, á fin de ver en seguida á la hija de usted y concertar el casamiento."

Acusación muy frecuente también es la de aquellos que, para rechazar la censura del periodista, le recusan por su ignorancia. Lo mismo en periódicos, que en cualquier otro papel impreso, pueden escribir y censurar los ignorantes y los instruídos. La censura ó la desaprobación en los periódicos es, además, de dos modos, ambos legítimos, á lo que yo entiendo: uno técnico ó científico, donde el censor debe ser persona perita y muy versada en la ciencia, arte ó facultad á que pertenece el negocio, acto ó cosa que censura. Pero hay también otro modo de censurar, que apenas se exige saber, que más que disertación es desahogo, la-

mento ó queja de la vulgar opinión, cuya legitimidad no se bastardea, aunque poco ó nada se razone. Tremendos y tiránicos serían la prohibición de quejarse de no pocos males y daños, y el deber de callar y sufrirlo, todo en silencio, á no ser omisiones los que se quejan. En virtud de semejante dialéctica, no sabiendo nada de zapatería, nada podríamos decir contra el zapatero que nos estropea los pies con un mal calzado; sin haber estudiado bien á Carême y á Gouffé, no podríamos tronar contra la cocinera malvada que nos envenena y nos sisa; sin saber de coro á Vitrubio, no podríamos negarnos con razones á alquilar ó á comprar una casa; y hasta tendríamos que ponernos sin chistar un frac ó una levita que nos hiciese jorobados y deformes, si teóricamente al menos no supiésemos de sastrería.

Perfecto derecho tienen, pues, los periodistas, como le tienen los que no son periodistas, y los periodistas tienen además el deber, de quejarse de los malos servicios públicos. Si de ellos se quejan con razonada competencia, la queja será más eficaz pero, aunque la razonada competencia les falte, todavía podrá ser la queja útil, justa y conveniente, con tal de que no traspase los límites del comediamento y la mesura, y con tal de que no se transforme en insulto procaz ó en desvergüenza descarada. Y este derecho de queja, que en el periodista, órgano de la opinión general, es un deber, se

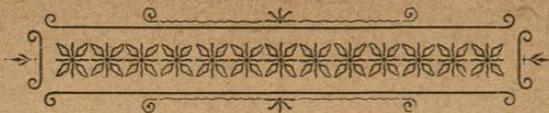
hace tanto más imperioso cuanto el oficio, institución ó función sobre que recaer, importa más por lo que cuesta y por los males y los bienes que puede acarrear á la república. De aquí que yo, sin poder sustraerme á la dialéctica que tal convicción me impone, crea más sujeto á la censura lo que en el día clama más contra ella y la rechaza, y menos que nada sujeto á la censura lo que más en el día la aguanta y la sufre por acerba y sin fundamento que sea. No es menester haber cursado balística, táctica y estrategia, para que nos atrevamos á hablar de aquello que cuesta á la nación enormes sacrificios pecuniarios, de aquello que puede ser causa de la salvación ó de la pérdida de millares de hombres en su juventud más briosa y florida, y de aquello en que debe fundarse en lo interior, el orden y el sosiego, y en lo exterior la grandeza de los Estados. No por esto gusto yo de la severidad y de la dureza. Severos y duros fueron en Cartago, y al fin fueron vencidos, mientras que el Senado de Roma, triunfante al fin, daba después de Cannas las gracias á Varron por no haber desesperado de la salud de la patria.

En suma, sobreponiéndome yo á todo interés ó espíritu de clase, hallo laudable ó inevitable que todo ciudadano, periodista ó no, diserte sobre cosas de guerra, aunque sea apasionadamente. En cambio considero, ya ridículo, ya odioso, el furor

con que suele ejercerse la crítica literaria, salvo contra las publicaciones que el Estado subvenciona ó costea, ó contra los libros de texto que compra por fuerza el pobre estudiante. ¿Pero qué daño hace á nadie el autor de un libro tonto si no tiene más Mecenas que el público? Con no comprarle ó con no leerle, está todo remediado. Y ni el autor mismo se perjudica, sino que tal vez se mejora, ó porque á fuerza de escribir mal, acaba por escribir bien, ó porque si no logra esto, logra dar á su tiempo un empleo inofensivo, en vez de entregarse á deportes pecaminosos.

El mismo periodista, ora sea bueno, ora sea malo, entra en este predicamento de la generalidad de los escritores, por donde me parece que deben ser benévolos é indulgentes con él sus conciudadanos, porque sus candorosas simplezas no hacen daño, y harto castigo tienen con el desdén de quien las lee, y porque sus insolencias, sus audacias y los errores en que incurre y que después propala, más que propios de él, pertenecen á la colectividad de quien es órgano ó instrumento en la prensa. De todos modos, como el escritor, periodista ó no periodista, puede hacer mucho mal ó mucho bien, extraviando á la muchedumbre ó señalándole el buen camino, no es de extrañar, aunque no le sintamos, el ardor con que le defienden unos y le atacan otros.

En cuanto á esta Real Academia, apartada de las luchas políticas y capaz de imparcial rectitud por colocarse en la región serena del arte puro, entiendo yo que recibe con agrado en su seno al buen escritor, sea ó no periodista, considerando el periódico como medio de publicación de toda obra literaria y no como género especial de literatura. Lo que examina y juzga la Academia es el valer del escrito, prescindiendo de su extensión y de la manera con que está publicado, ya en hojas sueltas, ya desde luego en un libro, ya primero en las hojas sueltas y en el libro más tarde. En el caso presente, reconoce la Real Academia en un periodista lo que en otras ocasiones ha reconocido en el poeta lírico, en el autor dramático, en el orador político, en el novelista ó en alguien dedicado al estudio de ésta ó de aquélla ciencia: el esmero, el tino, el buen gusto, la inspiración y el arte con que se maneja nuestro hermoso idioma, en la conservación de cuya pureza castiza se emplea esta Real Academia, sin oponerse, sino legitimando el aumento del antiguo heredado caudal con cuanto de lo recientemente adquirido no le afea ni le vicia.



EL RENACIMIENTO

DE LA POESÍA LÍRICA ESPAÑOLA (1)

Su Majestad el Rey honra y visita hoy esta casa, y en la aurora de la vida presta á nuestra junta pública el esplendor que la alegra y en cuyos destellos tempranos se columbra ya, para bien de la nación, el pronto cumplimiento de consoladoras esperanzas. Su augusta madre, la Reina Regente, viene acompañándole. Ambas Majestades van á realzar, por su intervención, la concertada y conmovedora ceremonia de premiar la virtud modesta con solemne reconocimiento, duradero testimonio y galardón merecido.

Mucho me lisonjea la confianza con que se me distingue encomendándome la redacción de un

(1) Discurso leído ante SS. MM. y AA. RR. en Junta pública, celebrada por la Real Academia Española el día 13 de Mayo de 1900, con motivo de la traslación de las cenizas de Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín y Marqués de Valdegamas.